





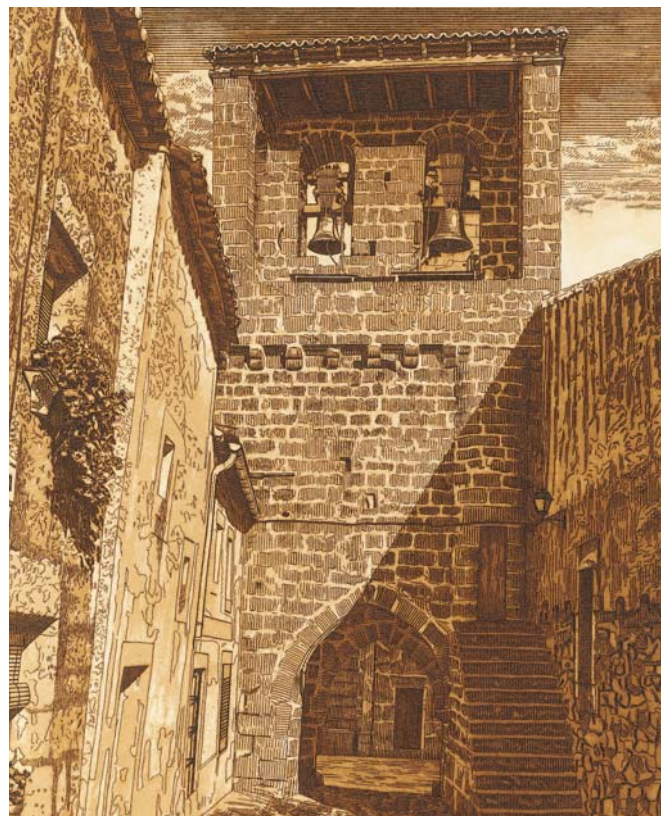
San Felices de los Gallegos Conjunto Histórico

San Felices de los Gallegos está situado en el oeste de la provincia de Salamanca, cerca de la frontera con Portugal y en el centro de la comarca conocida como El Abadengo. Este nombre procede, según César Morán, de cuando el territorio pertenecía a los templarios, que tenían allí un abad al que llamaban abadón, hasta que en 1313, al desaparecer esa orden, pasó a depender del obispado de Ciudad Rodrigo.

Se asienta sobre un terreno granítico apto para la ganadería y el olivar, cultivos casi abandonados. Sus inviernos son fríos y los veranos calurosos, pero suavizados por la influencia del Atlántico, con las mayores precipitaciones en abril y octubre. La vegetación predominante es el monte de encinas y el olivar.

Una primera aproximación a los aspectos históricos y artísticos de San Felices de los Gallegos fue realizada por Guillermo Toribio de Dios, cuyos trabajos de investigación, fruto del cariño por su lugar natal, vieron la luz por vez primera en 1939 bajo el título de *Historia de la villa de San Felices de los Gallegos*. Según dice este historiador, el origen de San Felices se remonta a los tiempos del obispo de Oporto, don Félix XI, quien en el año 688 debió fundar el pueblo con una colonia de gallegos, lo que explicaría la doble procedencia de su nombre. Sin embargo, la existencia de población previa en la zona data de la Segunda Edad del Hierro, como atestiguan algunos dólmenes y

castros cercanos, o la propia existencia de un *verraco* dentro de su casco urbano. Existen también restos de época romana relativamente próximos, como la villa recientemente excavada en la localidad de Saelices el Chico, y restos altomedievales, como el yacimiento de Medinilla, nombre de origen árabe que viene a significar pequeña ciudad, dentro también de los límites de San Felices.



Es no obstante en la época de la repoblación cuando arranca su historia más segura y desde cuando se conservan testimonios escritos. Según la mayoría de los historiadores, la localidad fue reconquistada en el siglo XII, quizá hacia 1169, año apuntado por Julio González como el de la fundación por el propio obispo don Félix ya mencionado, pero hablando con más propiedad esta fecha debe entenderse como de “refundación”.

Se documenta que ya a comienzos de la Baja Edad Media San Felices pertenecía a la iglesia de Santa Águeda de Ciudad Rodrigo, que a su vez había sido entregada por Fernando II de León a la Orden de Cluny. En 1284, Sancho IV el Bravo donó el lugar de San Felices de los Gallegos a Martín Pérez de Portacallero y poco después el rey se lo cambió por dos tercios de Laguna de Negrillos y se lo entregó a su hijo D. Felipe. El propio Sancho IV instituyó en 1291 el Mercado del Lunes, siendo la primera vez que San Felices aparece citado en los documentos como villa, título que debió conseguir no muchos años antes. Ya para entonces la localidad se había convertido en un destacado centro comercial y había aumentado considerablemente sus habitantes.

Por otra parte, su situación fronteriza favoreció que durante los siglos medievales se fuera convirtiendo en un importante punto estratégico y defensivo, viéndose envuelto de lleno en las guerras fronterizas entre Castilla y Portugal, y llegando a formar parte de una y otra Corona en repetidas ocasiones. La más importante de esas contiendas tuvo su inicio en 1296, cuando el rey portugués D. Dionis (Dioniso IV de Portugal) entró en Castilla por Riba de Coa apoderándose, entre otros lugares, de San Felices, conquista que confirmó el Tratado de Alcañices firmado el año siguiente. Sería también por entonces cuando por mandato de este monarca se debió iniciar la construcción de un castillo en la villa.

Durante el siglo XIV hubo sucesivos cambios de manos en la posesión de San Felices, por voluntad de sus señores, por causa de herencias, permutas o reclamaciones, siendo sus titulares sucesivamente, D. Alonso Sánchez, hijo de D. Dionis, D. Alfonso de Alburquerque, quien en 1348 le concedió un privilegio que introdujo los lugares y aldeas de Barba de Puerco en la jurisdicción de San Felices, D. Alfonso de Molina, hijo del infante del mismo nombre, quien le otorgó por fuero el de Ciudad Rodrigo, y D. Sancho, conde de Alburquerque.

Iglesia parroquial. Detalle de la torre occidental



Los cambios en la tenencia de la villa continuaron también en el siglo XV cuando fueron señores titulares doña Leonor, reina de Aragón, su hija doña María de Aragón, reina de Castilla, el conde de Ureña y Gracián de Sese, que terminó sus días colgado del arco de las campanas, entregándose entonces San Felices por los Reyes Católicos a D. García Álvarez de Toledo, primer duque de Alba. A su muerte, el tercero de sus hijos, D. García, de igual nombre que su padre, recibió la villa de San Felices, aunque finalmente recayó en el primogénito y sucesor en el ducado, D. Fadrique, que no se había resignado a perderla, tras la entrega a su hermano de las villas de Horcajada y el Bohoyo, además de ciertas rentas.

A partir de entonces San Felices perteneció de manera definitiva al ducado de Alba y dentro de éste a la Corona de Castilla. La tranquilidad lograda permitió que el siglo XVI fuera realmente próspero. Entre finales del siglo XV y principios del XVI se fundaron los conventos de San Juan de Letrán, de dominicos, y de La Pasión, de agustinas, lo cual hace suponer que por entonces los vecinos y los recursos eran ya suficientes como para mantener esas dos nuevas casas de religiosos. La economía alcanzó gran desarrollo y la población fue aumentando progresivamente hasta contar en 1591 con 400 vecinos, unos 1.200 habitantes, según datos consignados por Méndez Silva en su *Población general de España* (1596). Prueba de ese auge es que entonces se citaba a la villa como "Saelices el Grande". Además, a partir de mediados del Quinientos hubo una gran actividad artística, especialmente en el terreno de la arquitectura, construyéndose nuevas ermitas y casas particulares, e incluso reconstruyéndose la primitiva iglesia y haciéndose importantes obras en el convento de dominicos, pero también en otros campos, gracias al trabajo de destacados y reconocidos artistas locales y foráneos.

Ya en 1640, San Felices jugó un decisivo papel en la guerra que sublevó a Portugal contra Felipe IV, pues se estableció en la villa la guarnición encargada de realizar la práctica totalidad de las operaciones militares en la zona. Medio siglo después, hacia 1706, y en plena guerra por la sucesión de Carlos II, los portugueses ocuparon la villa por espacio de varios meses, hasta octubre de 1707. De entonces datan algunos

baluartes de piedra que todavía se pueden ver hoy en la fortaleza-castillo.

A lo largo de todo el siglo XVIII San Felices mantuvo su condición de ser uno de los principales enclaves militares de la frontera portuguesa, junto con Ciudad Rodrigo, el fuerte de la Concepción, Fermoselle y Puebla de Sanabria. La centuria transcurrió tranquila, sin que la guarnición acuartelada en el castillo de la villa tuviera ningún protagonismo. Además, de nuevo se vivió un buen momento económico y demográfico, que en el terreno artístico tuvo su correspondencia en las numerosas obras y reformas que se hicieron a partir de mediados del siglo.

Durante la Guerra de la Independencia San Felices tuvo de nuevo un papel protagonista, pues su cercanía a Ciudad Rodrigo hizo que se viera arrastrado por los acontecimientos bélicos. Así, a comienzos de 1809 la guarnición se reforzó con un regimiento de auxiliares enviado desde Ciudad Rodrigo, pero el 15 de marzo de 1809, fue tomada la villa, permaneciendo ocupada por el ejército francés durante casi tres años. Ya en

Castillo. Torre del Homenaje



1811, los soldados estacionados en San Felices fueron los encargados de cubrir la retirada hacia Portugal de las tropas francesas derrotadas en la batalla de Fuentes de Oñoro. Finalmente, a comienzos de 1812, Lord Wellington recuperó la plaza de Ciudad Rodrigo, con lo cual es de suponer que poco después la tropa francesa abandonaría San Felices. La guerra dejó como resultados, además de las pérdidas humanas y económicas, la destrucción del convento de San Juan de Letrán y la ruina parcial de varias iglesias. Por su parte, el castillo se había convertido en hospital de inválidos.

192

El siglo XIX continuó con la inestabilidad política y una nueva guerra, la carlista, que produjo consecuencias



Torre de las Campanas

de tipo económico. A todo ello se unieron los efectos de la desamortización eclesiástica, que causó la desaparición definitiva del convento de dominicos. De ese siglo, el acontecimiento más destacado y significativo para la historia local tuvo lugar el 11 de mayo de 1852, día en el que la villa, junto con los pueblos de Ahigal de los Aceiteros y Barba del Puerco, ganaron el pleito sobre el “noveno” que mantenían desde hacía varios siglos contra el duque de Alba, en relación con las rentas y sus atrasos que los vecinos pagaban anualmente, desde tiempo inmemorial, a sus señores. La fiesta que se instituyó para celebrar este triunfo se continúa celebrando en nuestros días.

Todavía hay que citar, entre otras cosas, el derribo de varios arcos de la muralla para permitir una mejor circulación, y el incendio de la iglesia parroquial ocurrido en octubre de 1887, que destruyó, además del archivo municipal, su importante retablo mayor, con pinturas de Luis de Morales, y un artesonado mudéjar.

La última centuria se ha caracterizado por el lento pero continuado declive de San Felices de los Gallegos. La emigración de fines del XIX y comienzos del XX, primero, por la imperiosa necesidad de hallar trabajo remunerado, y luego en los años cincuenta y sesenta, el éxodo rural, propiciaron poco a poco una caída demográfica y un retraso injustificado a lo que contribuyó en cierta medida la tardanza en introducir los servicios e infraestructuras modernas, como el agua corriente, la electricidad o las carreteras. Superado todo eso, hace huella el envejecimiento de la población. Sólo en la última década del siglo XX, con la inversión en servicios públicos y rehabilitaciones se ha contribuido a la promoción turística y cultural, y parece que se ha producido un nuevo resurgir de esta población, tan cercana a Ciudad Rodrigo, tan importante en otros siglos, pero tan olvidada por ahora.

El recinto amurallado

Si importante y de interés es la historia, San Felices de los Gallegos cuenta además con numerosos y atractivos testimonios de su pasado, dentro de los cuales ocupa un lugar preferente su arquitectura militar, lo que le valió en diciembre de 1965 la declaración de Conjunto Histórico-Artístico, y más recientemente, en 1995, el Premio de Turismo de la Junta de Castilla y León.







Convento de la Pasión. Fachada norte

El entramado urbano de San Felices empezó a configurarse en el siglo XIII y quedó plenamente definido durante los siglos XV y XVI, permaneciendo sin cambios desde entonces. Sin lugar a dudas, el recinto fortificado de la villa es el conjunto más sobresaliente. En su extremo occidental se levanta el castillo, mandado edificar por D. Dionis a finales del siglo XIII. Tal y como apuntó Edward Cooper, se trató en origen de una primera torre que posteriormente se desmochó, durante la tenencia del primer duque de Alba entre 1476 y 1479, para levantar encima una torre más señorial. Dirigió las obras Juan Carrera, quien también reconstruyó el castillo de Coria entre 1473 y 1478. Se levantó así la torre del homenaje que ha subsistido hasta nuestros días, en cuyo cuerpo inferior se aprecian, por el cambio en el modelo constructivo, los restos de la primera torre.

Rodeando el emplazamiento del castillo se construyó una muralla o Cerca Vieja, cuyo origen se ha atribuido tradicionalmente a la época de D. Dionis, argumentándose que surgiría como muralla defensiva de la primera torre-castillo. Sin embargo, se detectan en ella restos constructivos anteriores, pertenecientes con seguridad al siglo X, lo que retrasa su datación y apunta la posibilidad de que el origen de San Felices haya que situarlo en la época de la repoblación de

Ramiro II. Además, según el citado Cooper hay también ciertos lienzos que pueden fecharse en época romana o incluso prerromana, lo que estaría en consonancia con un probable asentamiento romano surgido al auspicio de la cercana Miróbriga (Ciudad Rodrigo). Pero en opinión del arqueólogo Miguel Ángel Muñoz, se ve en estos últimos restos una filiación medieval, identificándolos con unas obras documentadas de reparación que D. Dionis mandó ejecutar en la Cerca Vieja.

Tomando como hipótesis más segura la que sitúa la configuración de la Cerca Vieja durante el siglo X, se sucederían después diferentes fases constructivas hasta conformar su aspecto definitivo: la realización de varias torres cuadradas en el siglo XII, la reconstrucción en la centuria siguiente de las dos puertas de acceso al recinto, la del Moro y la de la Torre, todavía visibles, las obras efectuadas por D. Dionis y, por último, la reconstrucción del castillo a finales del siglo XV. Durante la guerra de Sucesión, los portugueses que ocuparon San Felices hicieron varias reformas y levantaron una serie de baluartes defensivos bordeando el perfil exterior de la Cerca Vieja.

Aparte de esta última, debieron existir otros cuatro recintos de muralla que protegían la villa desde época medieval, en parte inéditos hasta nuestros días. Su trazado hipotético se puede adivinar gracias a los datos aportados por E. Cooper, por los diferentes planos históricos que sobre San Felices se conservan, especialmente el del ingeniero Antonio de Gaver, de 1752, que es el más acorde con la realidad, las propias evidencias que quedan sobre el terreno y por lo descubierto con las campañas de excavaciones arqueológicas que se han llevado a cabo en los últimos años, la última en la Plaza Mayor. Así, se sabe de la existencia de las puertas de las Campanas y del Puerto, de lo que se conserva una torre llamada de las campanas y un arco apuntado, y de otras de las que sólo queda el nombre (de los Lagares, de la Luz, de la Alhóndiga y de Bañobárez), cuyos últimos restos desaparecieron a comienzos del siglo XX. A pesar de lo dicho, ante la ausencia de más datos arqueológicos e incluso de su certeza histórica, en lo relativo a la cronología, por el momento, tan sólo se puede decir que tales murallas se encuadran dentro de los siglos bajomedievales.







Recinto amurallado. Detalle

Edificios más sobresalientes

Al protagonismo del castillo y recintos fortificados de San Felices de los Gallegos se añade también un importante patrimonio arquitectónico. Entre los edificios religiosos el más destacado es la iglesia parroquial. Dedicada a Nuestra Señora de los Álamos, es obra de gran entidad, situada en el lado norte de la Plaza Mayor, sobre una plataforma ligeramente elevada en relación con el resto del terreno. La complejidad arquitectónica de esta fábrica es notable, pues fueron muy diversas las intervenciones que se hicieron en ella a lo largo del tiempo. El templo original era románico y de esa etapa se conserva una puerta de medio punto en el muro norte, hoy cegada, una capilla con canecillos en la línea de cornisa, y la portada de los pies. Ésta muestra un arco de medio punto ligeramente apuntado con arquivoltas, tres columnas a cada lado y capiteles vegetales, que permiten fecharla a principios del siglo XIII. El templo se amplió a mediados del siglo XVI, adquiriendo así su configuración definitiva de planta basilical con tres naves, coro a los pies y una única cabecera poligonal con bóveda estrellada reconstruida a finales del XIX tras haberse derrumbado a causa de un incendio. Las naves están separadas por grandes arcos semicirculares apoyados en columnas con capiteles de orden dórico, y se cubren con artesonado de madera. También del XVI

es una torre que se adosó a la cabecera, la portada meridional con alfiz que da a la plaza y varias ventanas con arco de medio punto. En 1618 se levantó la capilla del licenciado D. Bartolomé del Corral y ya en el siglo XVIII se modificó el cuerpo superior de la torre existente y se hizo una nueva a los pies según las trazas y condiciones dadas por el arquitecto mirobrigense Manuel Moñños.

Destacados artistas trabajaron para la iglesia parroquial. Sobresale el pintor Luis de Morales, que entre 1572 y 1574 hizo el retablo mayor, destruido en el incendio antes mencionado y del que procedería una tabla conservada en el Museo de Salamanca. Por otra parte, en la segunda mitad del siglo XVI también dejaron su impronta en la villa otros muchos, como los conocidos escultores Lucas Mitata y Juan de Salazar, los pintores Lucas Mateos y Estacio Gutiérrez, los plateros Fernando Álvarez, padre e hijo, y Fernán Gómez, el bordador Juan de Salazar, o los canteros y maestros de obras García de Ruesga, Juan de la Puente, Marcos Saravia, Rodrigo de la Gándara y Bartolomé y Sebastián Morgado, cuyas obras en San Felices, a pesar de que se han perdido en gran parte, todavía permanecen inéditas.

La otra gran construcción religiosa es el convento de agustinas de la Pasión. Se fundó hacia 1508 por doña Petronila Cuadrado, en buena medida gracias a las limosnas aportadas por los vecinos del pueblo. Desde entonces la historia de la villa ha corrido paralela a la de esa pequeña comunidad de religiosas agustinas canonesas, en cuyos muros vivió la muy conocida Madre Trinidad. Sin mencionar las interesantes obras artísticas que custodia en su interior, en lo relativo a la arquitectura se desconocen los autores del convento inicial, remodelado en dos etapas diferentes. Así, en un primer momento, hacia finales del siglo XVII, el arquitecto Cristóbal de Honorato y San Miguel, hizo, entre otras obras, la reestructuración del claustro. Y en una segunda etapa, a partir de mediados del XVIII, se reconstruyeron las celdas y posteriormente se levantó una nueva iglesia barroca, de bellas proporciones, con coro bajo y alto, en la que participaron los maestros de cantería Juan Vicente, Juan de Otero y José Vicente Castellanos, bajo la más que probable dirección del arquitecto



portugués Manuel Méndez, lo que explicaría su clara filiación con la arquitectura barroca lusa.

Nada queda del convento de dominicos de San Juan de Letrán, cuya fundación tuvo lugar hacia 1475. El primitivo edificio conventual construido por entonces se renovó durante el último tercio del siglo XVI y primera mitad del XVII. Como consecuencia de la Guerra de la Independencia quedó prácticamente destruido, y aunque hubo intentos por reconstruirlo la desamortización eclesiástica supuso su desaparición definitiva en 1835.

De las numerosas ermitas que hubo sólo se han conservado la de Jesús Nazareno y la de la Luz (Nuestra Señora del Rosario). La primera data del siglo XVI, aunque fue ampliada en el XVIII. Y a mediados de este último se construyó además la ermita de la Luz. Desaparecieron las de Santa Ana, Santa Lucía, San Albín, Santa Bárbara, de los Remedios, San Sebastián, San Antón, San Félix y San Gregorio. Se sabe de su existencia por diversas referencias documentales.

Gran importancia tuvo el hospital y ermita de Rocamador cuyo origen databa del siglo XV. La ermita se mandó reparar en 1755 por estar muy deteriorada, cosa que no se hizo. Con el mismo nombre se construyó entre 1781 y 1790, una ermita nueva según las trazas y dirección del arquitecto local Manuel Martín. Existió además el hospital y ermita de la Misericordia, fundado sobre las casas que cedió el clérigo Pedro del Corral en 1567. Su edificio, que ha pervivido, tiene una entrada en arco de medio punto de grandes dovelas de finales del siglo XVI, pues no en vano poco después se le citaba como *hospital nuevo*. Durante la Guerra de Sucesión pasó a ser hospital de militares y como tal se le denominó.

Tanto la iglesia parroquial como cada una de las diversas ermitas tuvieron sus correspondientes cofradías. Según el censo del conde de Aranda del año 1761 existían las del Santísimo Sacramento, Nuestra Señora la Mayor, Nuestra Señora de Entrambos Álamos,

Nuestra Señora de Roque Amador, Santa Ana, Santa Bárbara, Ángel de la Guarda, San Sebastián, San Félix, Ánimas y Santa Vera Cruz. En el convento de San Juan existió la cofradía de Nuestra Señora del Rosario y en el de la Pasión la de San Antonio Abad.

Son también dignos de mención otros edificios de carácter civil, como la casa de los Mayorazgos, situada frente a los pies de la iglesia, pero un poco desplazada del resto de la Plaza Mayor, construida en el siglo XVI, aunque sus escudos heráldicos han sido colocados en un momento posterior, o la alhóndiga, actual Casa de Cultura, edificada en 1587 por Rodrigo de la Gándara y Sebastián Morgado en sillería muy bien escuadrada. Más aún destaca la casa consistorial o ayuntamiento, con fachada sostenida por siete columnas monolíticas sin basas y capiteles con golos en los laterales a la manera de zapatas, cuyo segundo cuerpo muestra cuatro grandes balcones con marco moldurado en cantería. El interior del edificio alberga también la cárcel, con banco corrido, chimenea y letrina. En ella se encuentra una inscripción que reza “Carolus IV/1791”, indicando el momento de terminación de la obra. El contrato se firmó en junio de 1790 con el arquitecto José Francisco Pereira y otros dos compañeros suyos que siguieron en todo el plan y condiciones dadas de nuevo por Manuel Martín.

Por último, hay que citar las casas de fachadas también de cantería que se distinguen en el ala oeste de la plaza, con bellas balconadas de madera adornadas de celosías, que remiten a la primera mitad del XVI, así como la casa de los Señores del Ron, entre otras.

Todas estas construcciones y alguna otra que se escapa, pues no es la finalidad de estas líneas el recordarlas todas, formaron y forman parte de la historia de San Felices de los Gallegos y de sus habitantes. Historia y arte unidos están pregonando un conjunto de sumo atractivo. Muralla, castillo y edificios religiosos son sus señas de identidad. Las fiestas que en su ámbito se celebran, como la popular corrida de toros, le dan animación y vida.

